

traidor y perturbador á quien hay que combatir con todos los medios de que la guerra dispone.

14. Esta lista no es completa; porque es evidente que el castigo halla su utilidad en todas sus circunstancias. Me será, pues, lícito negarle una utilidad *supuesta* que en la conciencia popular pasa por esencial: la fe en el castigo quebrantada hoy por varias razones, halla todavía en esta opinión su más firme sostén. Me refiero á lo que dicen que el castigo tiene la propiedad de despertar en el culpable el *sentimiento de la falta*, y que es el verdadero instrumento de esta reacción psíquica que se denomina «mala conciencia» ó remordimientos». Sin embargo, es atentar á la realidad y á la psicología, aun por lo que concierne á nuestra época: ¡y cuánto más todavía si se considera la larga historia del hombre, toda su historia primitiva! El verdadero remordimiento es excesivamente raro, en particular, entre los malhechores y criminales. Las cárceles no son los lugares más á propósito para el desarrollo de este gusano roedor. En esto son unánimes todos los observadores concienzudos. En tesis general, el castigo endurece; concentra y aguza los sentimientos de aversión; aumenta la fuerza de resistencia. Y si acontece que quebranta la energía y produce una postración y humillación voluntarias, tal resultado es todavía menos edificante que el efecto ordinario del castigo, el cual consiste en una gravedad seca y triste. Si nos trasladamos á los millares de años que precedieron á la historia del hombre, veremos que el castigo es precisamente lo que más retardó el desarrollo del sentimiento de la culpabilidad, á lo menos entre las víctimas de las autoridades represivas. Y no olvidemos que el aspecto mismo de los procedimientos

judiciales y ejecutivos, impide al culpable condenar *en sí* su yerro y la naturaleza de su acción; porque ve cometer en servicio de la justicia, cometer con tranquilidad de conciencia, y, por último, aprobar la misma especie de acción; á saber, el espionaje, la doblez, el cohecho, la perfidia, todo el arte lleno de astucias del policía y del acusador, y luego, aquellas acciones esencialmente criminales que ni siquiera tienen por excusa la pasión, como el rapto, la violencia, el ultraje, la prisión, el tormento y el homicidio; todo esto, el juez no lo condena y reprueba sino en ciertas circunstancias y condiciones. La «mala conciencia», esta planta la más extraña é interesante de nuestra flora terrestre, no arraiga en nuestro suelo. En efecto, durante largo tiempo, el juez y castigador no creía hárselas con un «culpable». El malhechor era para él, el autor de un daño, un lote irresponsable del destino. Y el castigado consideraba el castigo también como lote del destino, y no sentía otra «pena interior» que si fuese víctima de una catástrofe imprevista, de un terrible fenómeno natural, de un peñasco que rueda por la pendiente y todo lo aplasta sin que haya posibilidad de lucha.

15. Este hecho se presentó un día no sin cierto embarazo á la conciencia de Spinoza (con gran disgusto de sus intérpretes, que se esforzaron, como Kuno Fischer, por entender mal este pasaje). Recordando no se qué, púsose á reflexionar qué es lo que había quedado en él del famoso *morsus conscientiae*, en él, que había colocado el bien y el mal entre las fantasías del hombre, y que había defendido hasta con cólera su Dios «libre» contra estos blasfemos que pretendían que Dios no obra sino *sub ratione boni* («lo cual sería suje-

tar Dios al destino, cosa bien absurda»). El mundo, para Spinoza, había vuelto al estado de inocencia en que se hallaba antes de la invención de la mala conciencia: ¿Qué sería entonces del *morsus conscientie*? «La antítesis del *gaudium*—dice finalmente—una tristeza acompañada de la imagen de una cosa que sucedió inesperadamente.» (*Eth.*, III, *propos.* XVIII, *schol.* I. II.) Durante millares de años los malhechores no tuvieron acerca de su crimen otra impresión que esta impresión personal á que se refiere Spinoza; dicen á la vista del castigo: «Hé aquí un accidente imprevisto», y no dicen: «Yo no debía haber hecho esto». Los malhechores se sometían al castigo como á una enfermedad, á una desgracia ó á la muerte, sin repugnancia, con este fatalismo valeroso en el que los rusos nos llevan la ventaja. Si algún efecto producía el castigo, era el aumento de la perspicacia, el desarrollo de la memoria, la voluntad de obrar en adelante con más prudencia, con más precaución y misterio, y, finalmente, la confesión de que en muchas cosas el hombre es débil, la reforma del juicio acerca de sí mismo. En suma, lo que logra el castigo en el hombre y en el animal, es el aumento del miedo, la finura de la perspicacia, el dominio de los apetitos: en este sentido el castigo *doma* al hombre, pero no le mejora; quizá lo contrario («de los escarmentados salen los avisados», dice el adagio; pero también nacen los malos, y á veces, por fortuna, los estúpidos.)

16. Llegado á este punto, voy á dar á mi hipótesis, acerca del origen de la «mala conciencia», una expresión provisional, la cual para ser comprendida, necesita ser meditada y rumiada. La mala conciencia es para mí el estado morbozo en que debió caer el hom-

bre cuando sufrió la transformación más radical que nunca hubo, la que en él se produjo cuando se vió encadenado en la argolla de la sociedad y de la paz. A manera de peces obligados á adaptarse á vivir en tierra, estos semianimales acostumbrados á la vida salvaje, á la guerra, á las correrías y aventuras, viéronse obligados de repente á renunciar á todos sus nobles instintos. Forzábales á ir en sus pies, á «llevarse ellos á sí mismos», cuando hasta entonces los había llevado el agua: un peso enorme los aplastaba. Se sentían ineptos para las funciones más sencillas; en este mundo nuevo y desconocido no tenían sus antiguos días estos instintos reguladores, inconscientemente infalibles; veíanse reducidos á pensar, á deducir, á calcular, á combinar causas y efectos. ¡Infelices! veíanse reducidos á su «conciencia», á su órgano más débil y más cojo! ¡Creo que nunca hubo sobre la tierra desgracia tan grande, malestar tan horrible! Añádase á esto que los antiguos instintos no habían renunciado de golpe á sus exigencias! Mas era difícil y á menudo imposible satisfacerles: había que buscar satisfacciones nuevas y subterráneas. Los instintos, bajo la enorme fuerza represiva, *vuelven adentro*, esto es lo que se llama *interiorización del hombre*: así se desarrolla lo que más tarde se llamará «alma.»

Aquel pequeño mundo interior se va desarrollando y ampliando á medida que halla obstáculos la exteriorización del hombre. Las formidables barreras que la organización social ha construido para defenderse contra los antiguos instintos de libertad, y en primer lugar, la barrera del castigo, lograron que todos los instintos del hombre salvaje, libre y vagabundo, se tornaran *contra el hombre interior*. La ira, la crueldad, la necesidad de perseguir, todo esto se dirigía contra el

poseedor de tales instintos: he aquí el origen de la «mala conciencia». El hombre que por falta de resistencias y de enemigos exteriores, cogido en el potro de la regularidad de las costumbres, se despedazaba con impaciencia, se perseguía, se devoraba, se amedrentaba y se maltrataba él mismo; este animal á quien se quiere domesticar, pero que se hiere en los hierros de su jaula; este ser, á quien sus privaciones hacen languidecer en la nostalgia del desierto y que fatalmente debía hallar en sí mismo un campo de aventuras, un jardín de suplicios, una región peligrosa é incierta; este loco, este cautivo, de aspiraciones imposibles, hubo de inventar la «mala conciencia». Entonces vino al mundo la más grande y peligrosa de todas las enfermedades, el hombre *enfermo de sí mismo*: consecuencia fué de un divorcio violento con el pasado animalesco, de un salto mortal á nuevas situaciones, á nuevas condiciones de existencia, de una declaración de guerra contra los antiguos instintos que antes constituían su fuerza y su temible carácter. Añádase que el hecho de entrar una alma animal dentro de sí misma, dió al mundo un elemento tan nuevo, tan profundo, tan inaudito, tan enigmático, tan rico en contradicciones y en promesas de porvenir, que el aspecto del mundo fué realmente cambiado. Y en verdad que hacían falta espectadores divinos para saborear el drama que entonces comenzó y cuyo fin no puede aún preverse—drama demasiado delicado, demasiado maravilloso y antinómico para que carezca de significación en el planeta. Desde entonces el hombre vino á ser uno de los golpes más felices del «gran niño» de Heráclito, que tiene por nombre Zeus ó Azar—y despierta en su favor interés, ansiosa expectación, esperanzas y casi certidumbre, como si anunciase algo,

como si preparase algo, como si el hombre no fuese un fin, sino solamente una etapa, un incidente, una transición, una gran promesa...

17. Como condición de esta hipótesis acerca del origen de la mala conciencia, menester es admitir que esta modificación no fué insensible ó voluntaria, ni adaptación orgánica á un nuevo estado de cosas, sino que fué un rompimiento, un salto, una obligación, una fatalidad contra la cual no era posible lucha ni rencor. En segundo lugar, que la sumisión á una norma fija, de una población que hasta entonces carecía de norma y de freno, habiendo comenzado por un acto de violencia, no podía ser llevada á cabo, sino por otros actos de violencia; y que, por consiguiente, el «Estado» primitivo debió entrar en escena con todo el carácter de una espantable tiranía, de una máquina sangrienta y despiadada, y debió continuar así, hasta que por fin, una tal materia bruta de animalidad fué ablandada y hecha manejable, aunque no todavía *modelada*. Empleo la palabra «Estado»: pero es fácil comprender que me refiero á una horda cualquiera de bestias de rapiña, una raza de conquistadores y de señores, que con su organización guerrera dejaron caer sin escrúpulos sus formidables garras sobre una población quizá infinitamente superior en número, pero todavía inorgánica y errante. Tal es el origen del «Estado»; creo que ya fué bastante refutada aquella opinión que hacía remontar su origen á un «contrato». El que nació para mandar, el que se siente poderoso en su ademán y en su obra, ¿qué le importan los contratos? No se puede contar con tales elementos: llegan como el destino, sin causa, sin razón, sin miramiento, sin pretexto; con la rapidez del rayo, demasiado terri-

bles, súbitos y contundentes, para que puedan ser objeto de odio.

Su obra consiste en crear instintivamente formas é imprimir sellos: son los artistas más involuntarios y más inconscientes: —allí donde ellos aparecen, en poco tiempo hay algo nuevo, una maquinaria viva donde está limitada y ordenada la función de cada parte y todo halla su significación respecto del conjunto. Estos grandes organizadores no saben qué cosa sea falta, responsabilidad, respeto; en ellos reina este egoísmo terrible del artista con mirada de acero que se siente justificado *a priori* en su obra, como la madre en su hijo. En ellos no germinó la mala conciencia, pero sin ellos no habría brotado esta planta horrible, no existiría nunca, si al choque de sus martillazos y de su tiranía de artistas no hubiera desaparecido del mundo, pasando al estado latente, una prodigiosa cantidad de libertad. Este instinto de libertad, hecho latente por la presión de la fuerza, sujeto y encerrado en el interior, obligado á desarrollarse dentro de sí mismo—este instinto fué... la mala conciencia.

18. No menospreciamos este fenómeno, aunque desde el principio nos parezca grosero y doloroso. En el fondo, es la misma fuerza activa que vimos obrar de manera grandiosa en estos artistas de la violencia, en estos organizadores de Estados: sólo que ahora la misma fuerza, empequeñecida y mezquina, obrando hacia el interior de manera retrógrada, en el «laberinto del corazón» (Goethe) para edificarse un ideal negativo, el ideal que niega el instinto de libertad (ó la voluntad de poder), creó la mala conciencia, operando sobre el hombre mismo, sobre el antiguo *yo* animal—y no como el primer fenómeno grandioso, en los otros

hombres. Esta secreta violación de sí mismo, esta crueldad de artista, este deleite en modelarse, en marcarse con el sello de una voluntad, de una crítica, de una contradicción, de un desprecio; este trabajo, lleno de alegría horrible, el trabajo de un alma partida en dos voluntariamente que sufre por el goce de sufrir; toda esta «mala conciencia» generadora de acontecimientos espirituales; concluyó por dar á luz una gran abundancia de afirmaciones, de nuevas y extrañas bellezas y tal vez la belleza misma... ¡Qué habría de hermoso si la contradicción no hubiese logrado la conciencia de sí misma, si la fealdad no hubiese dicho: «¿soy fea?» A lo menos esta indicación hará menos enigmática la cuestión de saber hasta qué punto las nociones contradictorias, como el *desinterés*, la *abnegación* y el *sacrificio* pueden encerrar un ideal, una belleza; y cómo el deleite que en todas las épocas experimenta el que practica la abnegación, y el sacrificio es de la misma esencia que la crueldad. Por ahora no digo más, ni acerca del origen del desinterés y sacrificio, en cuanto valor moral, ni acerca del terreno en que nacieron estos valores: la mala conciencia, la voluntad de torturarse uno á sí mismo, son la condición primera para fijar el valor del desinterés.

19. La mala conciencia es una enfermedad, pero una enfermedad del género del embarazo. Investiguemos las condiciones que trajeron esta enfermedad á su grado de intensidad más terrible y más sublime: y así veremos cómo hizo su entrada por primera vez en el mundo. Mas para esto es preciso tener grandes alientos (y por de pronto, tendremos que volver á uno de nuestros precedentes puntos de vista). Las relaciones de derecho privado entre el deudor y el acreedor,